

El espejo de las ideas Campo de esperanza

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

Para Paco, inevitablemente agradecido

Se ha dicho que un pintor en realidad sólo pinta autorretratos y que toda obra literaria, en la medida en que refleja un punto de vista, es necesariamente autobiográfica. La realidad es que en las letras como en la vida existen niveles de honestidad; que existen escritores que se esconden en su virtuosismo, como existen textos que, cuando no comprendemos la vocación del escritor, nos llegan a parecer impúdicos.

Un escritor no es quien domina técnica o estilo, sino quien no concibe vivir sin escribir. Rilke reta al joven Kappus a dejar de escribir para sentenciar después: “Si lo logró, usted no es un poeta”.¹

Francisco Prieto es así: transparente, vital, escritor por vocación, por necesidad existencial. Lo es de manera especialmente intensa en *Campo de batalla*, su última novela.

Para quien la muerte del padre sea un tema significativo, esta obra tendrá, en virtud de la analogía, una singular resonancia existencial. La generosidad de quien escribe y narra su vivencia nos permite invariablemente despertar la nuestra. Nos reconocemos —ya sea por reflejo, ya por contraste— en el espejo de su experiencia, encontrando en ello un síntoma más de *nuestro ser comunitario*. La analogía se antoja como *conditio sine qua non* de todo acto comunicativo.

Como todo regalo del alma, esta obra de Paco, vinculada con las jornadas que enmarcaron la despedida de su padre, nos invita a corresponder en acto: a releer los vínculos y los desencuentros que constituyen nuestra propia historia. De paso,

como un buen toro que hace ver mal al mal torero, denuncia inocente pero contundentemente la literatura evasiva y las trampas manieristas.

La relación con el padre como primera imagen de poder y la distancia que cada quien debe tomar de ella para sobrevivir. La fuerza, en ocasiones brutal, incluso aplastante, de dicho afecto y la manera como nos cincela. El vínculo amoroso que brilla por exceso o por ausencia, su huella en nuestro carácter. El nexa familiar. La sutil forma como una misma educación impacta a diferentes hermanos y hermanas. La dignidad de una madre capaz de, en cualquier circunstancia, amar y celebrar la vida. La comunicación franca como expresión de amor fraterno. El amor femenino —el de madre, el de pareja— como complicidad y como antídoto, el riesgo de la codependen-



cia. La forma en que todo ello dibuja nuestra constelación familiar y, de manera especial, aquella en que sufrimos y ejercemos la paternidad. Todo ello resuena en *Campo de batalla*.

Fundamentalmente, retumba en ella la esperanza: esa que no regatea el dolor y es capaz de llevar el enojo a sus últimas consecuencias, la que no puede ser ideológica ni anímica, la que no trasciende sin haber antes encarnado, la que muere y la que resucita.

Es verdad, nos decía Paco, que todos los padres golpeadores fueron hijos golpeados. Pero lo es también que no todos los hijos golpeados resultan ser padres golpeadores. En ello se asoma la esperanza que brilla también en la alegría de los nietos, en la calidad de su vínculo con los abuelos, en la manera como una comunidad familiar viva nos redime y nos contiene.

¹ Las diez famosas *Cartas a un joven poeta* son la respuesta que Rilke ofrece a las epístolas de Franz Xaver Kappus, las cuales, hasta donde entiendo, siguen perdidas.

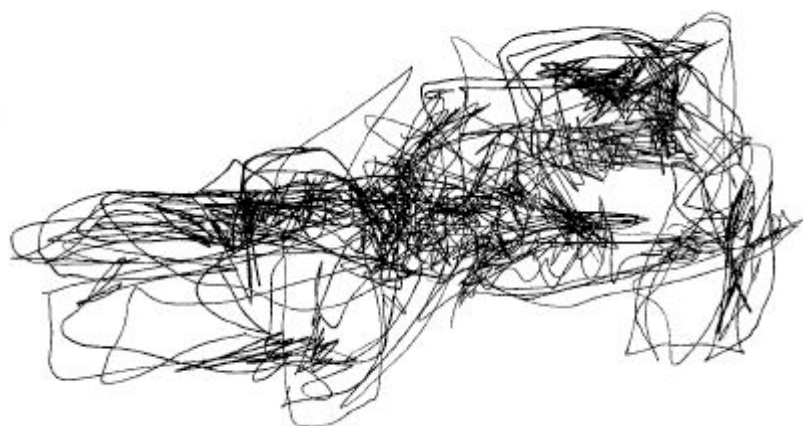
Pero si la vivencia de otros refleja la nuestra propia, *la muerte* es un espejo ineludible en el que la vida se conoce en lo que tiene de fundamental. Debemos a nuestra finitud —quiero decir a nuestra conciencia de finitud— la densidad que podamos conferir a la existencia. Sabernos mortales nos obliga a asumir una postura moral frente a la existencia al tiempo en que le confiere a ésta sentido de urgencia: hace del corto plazo un deber moral. Sólo frente a la muerte, la vida encuentra su carácter de misión.

Por su parte, la muerte de los entrañables es en muchos sentidos la nuestra propia. En la disolución del *nosotros*, inevitablemente, *algo del yo se pierde*. Específicamente, en la muerte de los padres, fuente de nuestra vida, no deja de haber algo de contradictorio, de imposible.

La fidelidad sin embargo, aprendimos de Gabriel Marcel, constituye una prueba existencial de nuestro parentesco con el ser. Y la despedida que esta obra relata, fruto del cariño de una vida compartida, da cuenta de ello. Cuando en un encuentro experimentamos lo definitivo, heredamos también la inquietante sospecha de la trascendencia, nuestra fe adivina que lo que hemos vivido es inmortal y nos reconocemos, intuitivamente, parientes de lo eterno.

Parece además que, en una concatenación de paradojas, tocar lo definitivo *supone perder* en el encuentro, incluso conjugar el amor en su acepción más difícil y dolorosa, que es el perdón. Parece que en el ámbito de lo fundamental, como en una vuelta de calcetín, sólo nos termina llenando aquello que hemos cedido libremente.

Campo de batalla, desde su simple honestidad, propone también una clave para la resolución de uno de los dilemas éticos que el sufrimiento y la agonía de un propio nos presentan: el de la muerte adelantada o inducida. Nos deja claro que, más allá de cualquier postura y de toda especulación, es bueno, quiero decir *moralmente bueno*, tener claro *quién es el sujeto* de la decisión. *A quién le corresponde decidir* es una cuestión fundamental de todo problema moral que en no pocas ocasiones la frialdad de los especialistas deja a un lado. A mayor amor, mayor derecho sugieren la novela y el autor, quien intuye claramente que toda obligación, todo *ob-ligatio*, debería estar fundamentada en una relación, en un *ligatio*.



Es verdad que Paco nunca se ha doblegado ante la tentación literaria del proselitismo ideológico ni ha hecho jamás concesiones estilísticas o éticas. Pocos escritores tan apasionados de la existencia y a tal grado lejanos de la moraleja, la fácil adulación, el final feliz... No deja de agradecerse empero que sostenga esa honestidad, llevada incluso a la crudeza psicoanalítica, frente a la muerte de su padre.

Se regala. Se desnuda igualmente en la intensidad y la especificidad de sus sentimientos, como lo hace en el amor que los posibilita y los sostiene. Es sencillamente honesto: *existencialista en el mejor sentido, como, también en el mejor sentido, hombre de fe*. No hace falta esquivar ni maquillar nada, no se trata de construir buenas intenciones ni sentimientos nobles. Se vale sentir radicalmente todo, se permite incluso compartirlo porque, finalmente, todo se redime en el misterio de la Cruz.

Su afición por la buena comida, sintomática también de su pasión por la vida, no está fuera de ésta, como de ninguna de sus obras. No podría estarlo cuando, como en *Babette*, *se trata precisamente de la historia de un banquete*, de una comida de despedida perfecta, cuidadosamente preparada, en realidad envidiable. Es posible que la transición de la muerte hayamos de hacerla solos. Pero es muy reconfortante pensar que haya quien esté dispuesto a darnos la mano para acercarnos a su umbral y que, por supuesto, del otro lado del misterio haya quien esté dispuesto a acogernos con su abrazo.

De todo el mundo llegaron los comensales. Querían despedirlo en el umbral. Se propusieron rendirle un homenaje y lo lograron. *El padre mismo se aguantó para morir* y todo llegó puntualmente. La dispersa constelación familiar, en una especie de *big bang* inverso, se congregó nuevamente. La comida, por una ocasión, recuperó la dignidad simbólica del banquete celestial, su primigenio carácter sacramental. ~